

cumplida o tuvo que terminar de pronto, porque ese año la Inquisición, dominada por frailes heridos por las acusaciones de Erasmo de corruptos, acabó de un plumazo con el humanismo erasmista. Vincularon el erasmismo con el luteranismo por ser una teoría abierta y extranjera que incidía en el misticismo individual, como vía para llegar a Dios, a expensas de la religiosidad tradicional basada en complicadas liturgias y ampulosas ceremonias colectivas. La acusación de luteranos llevó a muchos erasmistas a prisión y los que pudieron, a huir de Castilla. Opción que debió elegir el hipotético maestro de Hernández, o si se quedó, debió disimular sus tendencias renovadoras por algún tiempo, temeroso de ser denunciado por algún vecino a la Inquisición. Muchas familias, en estas circunstancias, le darían la espalda y alejarían a sus hijos sus enseñanzas e influencia por ser persona sospechosa, como, imaginamos, debió ser el caso de Hernández.

Por aquel tiempo, Pizarro culminaba la conquista del Perú con la toma de Cuzco. Al tiempo que sobre el Imperio azteca conquistado por Hernán Cortés se creaba el Virreinato de Nueva España, (corría el año de 1535) y Antonio de Mendoza fue nombrado su primer virrey, gobernador, capitán general y presidente de la Real Audiencia de México. Mientras, Cortés, apartado de sus cargos por el rey, realizaba expediciones por la península de la Baja California.

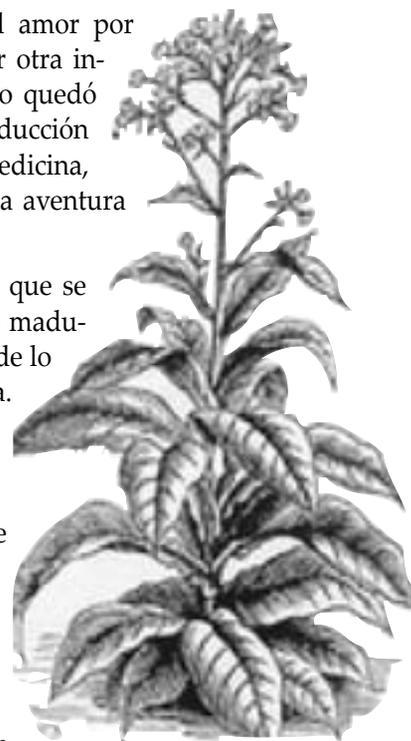
Los relatos de los portentosos descubrimientos que llegaban de América comenzaban a difundirse por cada aldea, en cada venta, en cada hogar. Las noticias del Nuevo Mundo encendían el corazón y la imaginación de los jóvenes. No cuesta imaginar a un grupo de mozalbetes, y entre ellos a Hernández, sentados en el suelo empedrado de la plaza mayor de Puebla de Montalbán, escuchando embelesados, casi sin atreverse ni a respirar, el relato de algún viajero recién llegado. Abundaban entonces los mozos que, estimulados por tales novedades y acuciados por una gran curiosidad, ambición y afán de aventura, dejaban todo y partían rumbo al Nuevo Mundo. En Hernández pudo más la sólida

formación recibida y el amor por el estudio que cualquier otra inclinación, y de momento quedó atrapado más por la seducción que sobre él ejercía la medicina, que por la llamada de la aventura militar o colonizadora.

Y llegó el tiempo en que se transformó en un mozo maduro, con una clara visión de lo que quería ser en la vida. Se sentía enardecido por la inquietud del conocimiento, encadenado a su propia voluntad de realizar alguna proeza intelectual que asombrase al mundo, atrapado por la vanidad de que su nombre y su obra llegasen a perdurar en la

historia. Puede que un buen día, sentado sobre la balastrada de piedra del puente que, con sus once ojos, cruza el río Tajo, contemplase el manso discurrir de aquellas aguas que se alejaban camino de Lisboa, para acabar confundándose con aquel mar inmenso, ribera de un mundo nuevo, portentoso, desconocido. Pudo ser en ese preciso momento cuando Hernández comprendiese que había llegado el momento de emprender el vuelo; de abandonar a su familia, a sus amigos, dejar su pueblo y los campos por los que había vagado descubriendo los misterios de la naturaleza y aprendiendo a reconocer las plantas más comunes por sus nombres. Tenía que partir para enfrentarse con su destino.

La primera etapa de ese arduo viaje, que ahora emprendía y que duraría toda su vida, se cumpliría en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Alcalá de Henares.



Escribió entre otras obras, *Rerum medicarum Novae Hispaniae thesaurus* y *De antiquitatibus Novae Hispaniae*. También tradujo y anotó la *Historia natural de Plinio*.

